



Margaret Thatcher: un derechismo dogmático.

GRAN BRETAÑA

¡Que viene Mrs. Thatcher!

S i algo no sucede, el 3 de mayo los británicos tendrán un Gobierno conservador y una mujer como primer ministro, por primera vez en su Historia. Callaghan, primer ministro laborista derrotado la semana pasada en una votación de confianza, por un voto de diferencia, está tomando ya algunas medidas para remontar la corriente adversa de la opinión pública —según las más acreditadas encuestas, puede perder entre 57 y 120 escaños— y son, sobre todo, tácticas. Por una parte, ha alargado la campaña electoral: es habitualmente de tres semanas y esta vez va a ser de cuatro. La maquiavélica idea de mister Callaghan es la de que cuanto más tiempo esté mister Thatcher hablando en público, más posibilidades hay de que

cometa errores y diga disparates. Callaghan tiene una gran confianza en la torpeza de su enemiga. Por otra parte, ha convocado las elecciones generales en la misma fecha en que han de celebrarse las locales. Los laboristas son generalmente más favorecidos en las elecciones municipales que en las generales —según la contradicción habitual en Europa—; al mismo tiempo, las elecciones municipales sufren mucho menos de las abstenciones que las generales (el elector se siente atraído por los problemas concretos de su circunscripción, y considera abstractos los del Estado), y los laboristas tienen comprobado que las abstenciones les perjudican (por el "desencanto" de la izquierda, que también sufren). Por lo tanto, duplicando las urnas en un

solo día piensan conseguir más número de votos totales y mejor corriente laborista por parte de los electores.

Otra esperanza de Callaghan es lo que se anuncia como un renacimiento relativo del partido liberal. En las elecciones parciales de Liverpool los liberales han ganado fácilmente. Aunque el escaño pertenecía a un laborista, el éxito liberal hace pensar que este renacimiento va a perjudicar a los conservadores: serán votos conservadores los que eleven a los liberales y, por lo tanto, votos restados a Mrs. Thatcher.

Mrs. Thatcher, la "dama de hierro", es de un conservadurismo dogmático. Podría describírsela en España comparándola con el señor Fraga Iribarne. De todas formas,

ha minado el prestigio laborista. Querían obligarle a pactar —sobre todo, las bases más radicales del sindicalismo—, pero verle caer. Y ahora, cuando ya quizá es demasiado tarde, comienzan a subvencionar la campaña electoral. Mientras el capital confió en los conservadores, la Bolsa subió veinte enteros en el día de la calda laborista.

A pesar de todo esto, las encuestas siguen siendo favorables a los conservadores. Inglaterra es una gran clase media, una gran burguesía, y el riesgo de las huelgas la ha asustado. El orden público, la situación del Ulster, el desempleo, los impuestos les preocupan. Callaghan quiere hacerles ver que la reforma de derechos sindicales que pretende la señora Thatcher



Callaghan tiene sus esperanzas puestas en un relativo renacimiento del partido laborista.

Margaret Thatcher conserva todavía unas formas británicas que don Manuel no permitió ni siquiera que le barnizaran durante su tiempo de embajador en Londres, a no ser por una rara indumentaria con la que se emparentaba con los caballeros de la City. Los sindicatos ya han abandonado sus rencillas con el dirigente laborista y primer ministro, Callaghan, que produjeron la ola de huelgas que

contiene más riesgos aún: un enfrentamiento global con toda la clase trabajadora. Si Mrs. Thatcher insiste en su derechismo dogmático, si Callaghan sabe poner de relieve las ventajas económicas que su Gobierno cree haber conseguido, el resultado de las elecciones puede dar una débil mayoría, de nuevo otra vez, a los laboristas. Que les obligaría, otra vez, a gobernar al día. ■